

albalá del Rey don Pedro, en que se reconoce a la familia de Diego Gomes de Toledo la posesión de los lugares de Arroyo de Molinos y Chozas de la Sierra, «en término de la ciudad de Segovia». En la lista de poseedores figura doña Inés de Ayala, nieta de Diego Gomes e hija del Alcalde Mayor toledano y Notario Mayor del Reino, don Pero Suárez de Toledo. Dedúcese, pues, de privilegios y confirmaciones la existencia del pueblecito con anterioridad al 1400, año en que algunos fechan su fundación.

Hay autores que citan un Conde de Miranda del Castañar, allá por el 1469 —y hasta concretan el nombre, don Antonio López de Zúñiga o Estúñiga—, como señor del lugar de Arroyomolinos. Mas el primer Conde de tal título lo fué, en 1457, Diego de Estúñiga, y el segundo, su hijo y sucesor, don Pedro, muerto el año 1492, en plena época en que se sabe, sin lugar a dudas, quién era ciertamente señor de Arroyomolinos desde 1478: el Comendador de Montiel, Gonzalo Chacón. Pudiera argüirse anterior posesión, entre 1457 y 1478, por un Estúñiga; pero es el caso que la donación del lugar, hecha a Gonzalo Chacón, lo es por la Reina doña Isabel, y hay que pensar fuera tierra de realengo por aquellos años.

Arroyomolinos hace su debut en la Historia en los momentos de gran intriga cortesana para elegir marido a la entonces Infanta Isabel, cuyos corazón y cabeza se inclinaban ya, por cuenta propia, hacia el Príncipe Fernando. En la carrera por lograr la mano de la Princesa, el futuro Rey Católico jugó y ganó en Castilla su primera y más trascendental trama política. Doña Isabel hallábase a la sazón en Ocaña, y el tiempo apremiaba en aquel año de 1469. Dos hombres tenían especial ascendencia cerca de ella: uno era Gutierre de Cárdenas, y Gonzalo Chacón, el otro. Hacia ambos dirigieron los tiros el sagaz Juan II de Aragón y su hijo Fernando. El padre Mariana nos lo cuenta: «Con muchos presentes que dió y mayores promesas para adelante (manera la más segura de negociar y la más eficaz), grangeó los criados de la Infanta. El que más podía con ella y más privaba era Gutierre de Cárdenas, su Maestresala, y con él, Gonzalo Chacón, tío del mismo de parte de madre, Mayordomo que era y Contador de la Princesa. A este prometieron la villa de Casarrubios y Arroyomolinos; a Gutierre de Cárdenas, la villa de Maqueda. Por medio de los dos y del Arzobispo de Toledo, que entraba a la parte, se concertó el casamiento». En el mayor secreto lleváronse tratos, entrevista principesca en Valladolid e inmediato matrimonio de los prometidos.

Así tomó parte no pequeña el lugar de Arroyomolinos en la boda de los Reyes Católicos. No tenía la importancia que Casarrubios del Monte, ni poseía castillo alguno, ni menos la actual torre, pero sus molinos harineros atraían los mejores granos de varias leguas a la redonda, convirtiéndose en nudo industrial de cierta categoría para aquellos tiempos en que el pan trillar, como las salinas, era fundamental para el Tesoro.

La figura de Gonzalo Chacón, el probable cronista y fiel amigo de don Alvaro de Luna, antes y después de la trágica caída del privado (que es cuando puede pesarse la fidelidad), no desmerece por este «negocio matrimonial». Era personaje del tiempo, pero de seguro tomara igual decisión sin mediar las promesas de señorío para el próximo futuro. Con don Alvaro de Luna, en sus años mozos, ganó fama de leal; ahora, al encanecer, demostró en ocasiones tener la misma lealtad hacia la Reina. Le unían a ella los cargos de Mayordomo y Contador, y, además, el ser Camarera Mayor de doña Isabel su propia mujer, doña Clara de Albornoz, la Alvarnárez o Aivernaes de las crónicas, especialmente distinguida por su ama y señora (2).

En 1474 fallecía Enrique IV, y a los cuatro años escasos, casi a punto de celebrarse las paces de la guerra civil, la Reina Isabel cumple la promesa que le hiciera a su Contador Gonzalo Chacón. Por Cédula fechada en Córdoba, a 2 de junio de 1478 (3), le concede en heredamiento los señoríos de Arroyomolinos y Casarrubios del Monte, merced confirmada al matrimonio, conjuntamente, el 10 de abril de 1480, con autorización especial para fundar mayorazgo, con dichos territorios, a favor de sus hijos y descendientes.

Todo hace suponer fuera el mismo Gonzalo Chacón quien ordenara edificar la torre de Arroyomolinos. Los emblemas de los Reyes Católicos que lucen en lo alto y en plano más elevado que el propio escudo, serían el homenaje del vasallo agradecido a sus soberanos. Estilo y características de la construcción son propias del siglo XV, de una época en que tanto la política de los monarcas como la naciente arti-

(2) Por Cédula de 1476 mandaba la Reina a sus contadores no tomaran cuenta a doña Clara Alvarnárez, en atención a su buena conducta, avanzada edad, etc. En 1473, con ocasión de los festejos que tuvieron lugar en el palacio arzobispal de Alcalá de Henares, para recibir al Duque de Borgoña y Monarca inglés, entre las damas de preferencia presentes, cita Clemencia a la esposa de Chacón.

(3) La escritura de concesión es una bella pieza miniada que guarda la Casa de Alba.

llería iban a dar al traste con la erección de nuevos castillos señoriales. La torre de Arroyomolinos, más bien que nido feudal de resistencia a la Corona, sería, cual rollos y picotas, un símbolo de dominio jurídico del señor sobre personas y territorios colindantes; un enorme mojón habitable. Prueba de no ser guerrera tenémosla en la escasez de puntos de defensa, pues matacanes y torrecillas están a tal altura, que parece como si con ellos buscara su artífice más un fin estético que militar. Testimonio del acatamiento a los Reyes Católicos son los emblemas de éstos, colocados en las dos principales fachadas.

Gonzalo Chacón y Clara de Albornoz fundaron mayorazgo, por escritura de 7 de agosto de 1484, a favor de su hijo el Adelantado de Murcia, don Juan Chacón. Sostuvo éste varios pleitos con sus súbditos arroyomolinos, por cuestiones de rentas y tributos, litigios que quedaron zanjados en 1486, mediante un arreglo por el que se comprometía el pueblo al pago de una fanega de trigo por cada diez recolectadas.

Murió Juan Chacón el 5 de julio de 1503, inesperadamente y en Alcalá de Henares, durante la estancia de los Reyes en el palacio arzobispal (donde la Princesa doña Juana había dado a luz al futuro Emperador de Alemania, don Fernando). Dicen las crónicas que la muerte de Chacón y los calores del verano movieron a los Monarcas a dar por terminada la jornada complutense.

Con posterioridad a don Juan Chacón, vuelve la torre de Arroyomolinos a sumirse en el olvido. Herencias y entronques genealógicos la hacen pasar, sucesivamente, a propiedad de las Casas nobiliarias de Montijo, Teba y Tamames. Ninguna se preocupa poco ni mucho del torreón, que ya tuvo la mala suerte de un nacer anacrónico, en un tiempo en que la nobleza se hacía cortesana y burócrata. Ni siquiera cabía la posibilidad de transformarse en palacio, dada su verticalidad de chimenea. Cuando el «progreso del siglo» entró en escena, se buscó para la torre, en 1876, una misión mezcla de utilitaria y poética: recibir en su interior unos miles de palomas torcaes que, por varios años, disputaron a los grajos el usufructo de agujeros y huecos interiores. Al final, vencieron los grajos.

* * *

El visitante que, a través de una desviación de la carretera general de Extremadura, llega al modesto pueblecito del partido judicial de Navalcarnero, no hallará los molinos que ambientaban de sabor manchego el paisaje de bajos e irregulares montes, ricos en caza menor. Pero podrá comprobar que persiste el arroyo, corriendo entre brezos, carrascas y pedregales, y que permanece en pie la esbelta torre de planta rectangular.

Dentro de ella todo está en ruinas y medio hundido: suelos, techos y hasta estrecha escalera que, adosada a uno de sus ángulos, subía al adarve. En la planta baja hay una redonda cavidad; dicen ser la boca del pozo que comunicaba la torre con el cercano arroyo.

El exterior, en cambio, es casi perfecto si prescindimos del desmochado sufrido por la parte alta, carente de almenas y adarve. Las esquinas redondeadas, dan cierto aire de femineidad a los ángulos y suavizan la vista de conjunto. Una primera planta de buena mampostería hace de pedestal a las tres restantes, que forman enorme y lisa masa de rojo ladrillo árabe, sin otros adornos que éstos: unas franjas de azulejos y dibujos mudéjares, en ladrillo, para indicar los pisos; en lo más alto, ocho torrecillas de bases cónicas (colocadas, por parejas, en los cuatro ángulos), y los dientes horizontales de tres ménsulas o matacanes, a cada fachada Norte y Sur; bajo ellos, los emblemas de los Reyes Católicos, en piedra blanca o mármol; y en el ángulo Noroeste, el escudo de los Chacón, en el mismo material y sobre venera y cruz santiaguistas.

Los únicos vanos, además de alguna diminuto tronera, son media docena de cuadradas ventanas, abiertas posteriormente en el mismo sitio que ocuparon las primitivas, de las que aún se aprecia el arco de medio punto, en ladrillo. La puerta actual se abre en la planta baja de mampostería y fachada Norte. La antigua, hoy cegada, hallábase en la cara Sur y a bastante altura del suelo, lo que hace suponer se tendría que entrar en la torre por un puentecillo, colocado entre puerta y frontero poyo de piedra, provisto de escalera.

Tal es la solitaria torre de Arroyomolinos, la más elegante y mejor conservada de nuestra provincia, bella en sí misma, sin apenas historia, sin retoques restauradores, alzándose con arrogancia sobre suave altozano cubierto de hierba montaraz.



EVOCACIONES TAURINAS DE AYER

UNA CORRIDA, EN MADRID, EN HONOR DEL REY INTRUSO

NOS hemos referido en ocasiones anteriores a los diferentes cosos que Madrid ha conocido desde que los festejos taurinos dejaron de celebrarse en la plaza Mayor, al constituirse ya en espectáculos propiamente dichos, es decir, con empresas explotadoras, fines benéficos o destinos previamente determinados. Después de la placita de madera, inaugurada en 1749 en las afueras de la puerta de Alcalá, la primera plaza seria, así puede calificarse, pues ya su construcción de fábrica la daba este empaque, fué levantada en las cercanías de aquélla, aproximadamente entre las que son hoy calles de Serrano y Claudio Coello, inaugurada en 30 de mayo de 1754, con una capacidad de poco más de diez mil espectadores, que tuvo una duración de ciento veinte años, hasta que fué sustituida, en septiembre de 1874, por la que todos, o muchos por lo menos, hemos conocido a la derecha de la entonces llamada carretera de Aragón.

En aquella placita de las afueras de la puerta de Alcalá, aledaños entonces de la villa, fué donde se celebró el acontecimiento que ahora narramos.

Se lidiaron once reses en la placita de la Puerta de Alcalá



El Madrid de principios del 1800 era un Madrid chiquito y encogido, pese a su rango de Capital y Corte de dos mundos, y abarcaba su perímetro muy escasas proporciones. Las tapias que rodeaban la población comenzaban en la citada puerta de Alcalá, seguían por detrás del Retiro, a buscar la de Atocha, y por la Ronda de este nombre continuaban a las de Embajadores, Toledo y Segovia, rodeaban el Campo del Moro y la montaña del Príncipe Pío hasta el portillo de San Bernardino, que venía a estar en la que es hoy calle de la Princesa; seguía el límite de Madrid, por la actual Ronda del Conde Duque, a tomar el itinerario de las hoy modernas calles de Alberto Aguilera, Carranza, Sagasta y Génova, y dejando a la derecha la puerta de Recoletos, daban vuelta por detrás de la Casa de la Moneda, a terminar otra vez en la puerta de Alcalá, punto de partida. Cinco eran las puertas de registro: la de Alcalá, tantas veces repetida, y las de Atocha, Toledo, Segovia y Fuencarral, que se cerraban a las diez de la noche en invierno y a las once en verano.

Así era la población que, después de los tristes acontecimientos del 2 de mayo de 1808, se vió invadida por el cortejo del flamante rey de España, José Napoleón I, que así se tituló por obra y gracia de la inclita Constitución de la monarquía usurpadora, proclamada en Bayona el 7 de julio de aquel infausto año.

El rey José, Pepe Botellas para el vulgo, era sin duda alguna hombre de buena fe, sanos propósitos y vivir honesto, no obstante aquellos devaneos que Thiebault y Mesonero Romanos le achacaban, acaso con poco fundamento, con la marquesa de Montehermoso y la condesa viuda del Jabuco. Los españoles, con el más acendrado patriotismo, estuvieron desde el primer momento frente al francés y sus disposiciones; algunas de ellas, no mal orientadas, cayeron en el vacío sin tomarse siquiera el trabajo de examinarlas. En cambio, el pobre José, sostenido en el trono a la fuerza, por la voluntad omnimoda del Emperador, su hermano, no se daba punto de reposo para congraciarse con sus, cada vez, más alejados súbditos.

Por una Orden de 4 de abril de 1810 se dispuso el acondicionamiento de la plaza de toros del camino de Aragón, y el 15 de agosto de 1811, para celebrar sus días, dispuso el improvisado monarca la celebración de una gran corrida de toros, con entrada gratis.

Se lidiaron once reses de las ganaderías de Aguila y Bolaños, de Villanueva de Gadiana; de don Diego Muñoz, de Ciudad Real; de don Vicente Perdiguero, de Alcobendas; de don José Rodríguez, de Peñaranda, y de don Pedro Torres, de Malagón (Madrid). Fueron estoqueados por Jerónimo José Cándido y Francisco Herrera (Guillén), con sus cuadrillas respectivas. Una orquesta de más de treinta músicos animaba el espectáculo desde el centro de la plaza, delante de una elevada máquina instalada en el ruedo, de la que, al estar ya próximo el fin del espectáculo, salían dos globos, de los que surgieron, como por encanto, grupos de antorchas que, esparciéndose por el ámbito de la plaza, quedó ésta perfectamente iluminada.

El «Diario de Madrid», de donde recogió estos datos Cambrero, añade: «Con el laudable objeto de que todos los espectáculos que se presenten en este festejo sean tan raros como plausibles, concluirá con el sin ejemplar laberinto de correrse, también iluminados y con bolas, los tres toros blancos, que se soltarán sin intermisión, ocupando cada uno un tercio de la plaza, en disposición que indistintamente puedan ejecutar sus célebres suertes cuantos aficionados gusten, a los que, para aumentar su singular e insaciable bélico placer, se les franquearán cien ban-

derillas, de las comunes y de fuego; pero no el que los estoqueen, por estar comprometidos, con amistosa emulación, a realizarlo, tres valerosos competidores».

Es curioso asimismo reproducir unos versos, con los que se anunció la fiesta, versos que si no son muy felices en su métrica y en su dicción, tienen acaso la novedad de ser la primera y puede que la única vez en que se haya anunciado una corrida de toros por medio del numen poético. Los versos dicen así:

En este día, ¡oh pueblo madrileño!,
tu soberano emplea sus desvelos
en darte diversiones con que logres
aumentar su placer y tu contento.

Todo ha de ser, en la función, extraño;
todo escogido, singular y nuevo;
serán manchados y fogosos tigres
los caballos que saquen los toreros.

El árbol, elevado y suntuoso,
que de este circo manifiesta el centro,
de banderas, cornetas y estandartes
se verá empavesado en un momento.

Y la orquesta, selecta y numerosa,
que en él ocupa un prefijado puesto,
de armoniosas sonatas escogidas,
hará que se repitan dulces ecos.

Los toros no son toros como todos,
porque serán más bravos y más fieros,
con la extrañeza que han de verse todos,
o bien píos, urracos o berrendos.

Cuando falten tres de ellos que lidiarse,
tan medido y tan justo vendrá el tiempo,
que sin luz en la plaza nadie pueda
ni ver ni distinguir ningún objeto.

Entonces, de dos globos que en el árbol
estarán colocados al efecto,
saldrán antorchas mil, que harán que el circo
parezca un estrellado firmamento.

Por ellas, lucir debe una extrañeza
que hasta el presente no ha tenido ejemplo,
y es lidiarse tres toros en la plaza
cada cual en su sitio a un mismo tiempo.

Serán del todo blancos, porque pueda
divisarlos la gente desde lejos,
estarán embolados, y en las astas
llevará cada uno un mongibelo.

Todo el aficionado que quisiere
divertirse podrá muy bien con ellos,
pues habrá banderillas para todos,
dando algunas, también, que sean de fuego.

La función, preparada ya está dicha,
no omito al describirla ni exagero,
pues ella misma, sin que yo lo diga,
hará ver no de dicho, sí de hecho.

En este día, ¡oh pueblo madrileño!,
tu soberano emplea sus desvelos
en darte diversiones con que logres
aumentar su placer y tu contento.

Aparte de la coba fina, al sedicente soberano, del autor de los versitos, la cosa debió salir bastante bien, incluso la iluminación, balbuceo histórico y profético de la instalación lumínica del Estadio Bernabeu, pues, a pesar de los pesares, y éstos eran muchos, la plaza se llenó, según cuentan las crónicas, y el sufrido pueblo y el malhadado monarca se divirtieron lo suyo.

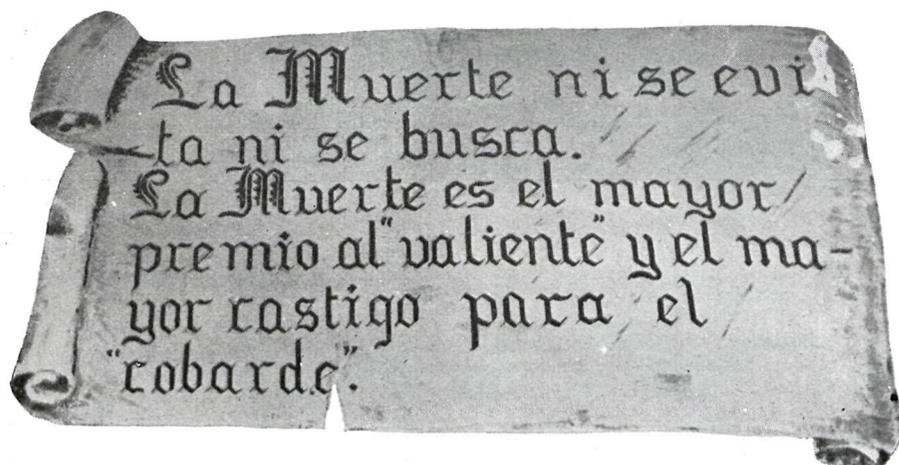
Cuando poco después el rey José, con su flamante Corte, salió de estampía para sus lares, debió acompañarle en su incómodo viaje, a pesar del botín recogido, entre otros, el recuerdo de aquella visión dantesca de la corrida, con sus luminarias, su aquelarre y, sobre todo, los versitos, que, como conocía poco nuestra lengua, es posible no penetrasen bien en su mollera.

URBANO MENDEZ



ALCALA DE HENARES ESCUELA DE HEROES PARACAIDISTAS

Están siempre dispuestos y preparados para actuar inmediatamente en caso de que lo exigiera una hora «H», y la hora «Llegó»



EN el zaguán del viejo caserón, que antes sirvió de cuartel de Caballería, se lee un lema conciso, escuetamente castrense: «Sobre nosotros, Dios. Con nosotros, la Victoria. En nosotros, el Honor». Es la consigna permanente de los caballeros legionarios paracaidistas del Ejército de tierra. Sobre el patio empedrado forma una Bandera. Sus hombres parecen estatuas y recuerdan a los hermanos de Dar Riffien. Adelantando, ondea el guión con el lis rojo de Roger de Flor, el Capitán que ha dado nombre a la unidad. El jefe, un Teniente Coronel que sabe de dos guerras, frentes de España y frentes de Rusia, habla de los camaradas que acaban de caer en acto de servicio. Después se canta el himno de la gloriosa Infantería y hay notas de emoción en las gargantas. Los himnos guerreros son más vibrantes cuando se cantan pensando en los muertos.

Hemos pasado unas horas en Alcalá de Henares, junto a los paracaidistas del Ejército de Tierra. Unos centenares de soldados permanecen a punto, perfectamente adiestrados para el cumplimiento de su misión, en espera de esa orden que puede llegar en cualquier momento. Si en determinado instante sonara la hora H, los paracaidistas podrían actuar inmediatamente. Forman parte de una unidad especial, seleccionada escrupulosamente y entrenada concienzudamente para su cometido. Un entrenamiento que no cesa, enmarcado en el ambiente de camaradería que presta la posibilidad del peligro.

LO PRIMERO, SABER LLEGAR A TIERRA

Los cazadores legionarios paracaidistas son voluntarios. Se inscriben en los banderines de enganche y su primera prueba tiene lugar en Alcalá de Henares. Si la han superado, pasan a la Escuela de Alcantarilla, y cuando regresan traen sobre su pecho el deseado «pájaro», que indica su condición de tropas especiales. Desde este momento forman parte de alguna de las Banderas y permanecen encuadrados hasta que vence el compromiso contraído. Ya son Caballeros legionarios paracaidistas. Veamos cómo se preparan en el duro régimen de instrucción señalado para estas unidades.

Cuando el aspirante a paracaidista llega a Alcalá de Henares, recién firmada su solicitud de ingreso, le esperan una serie de pruebas de cuya superación depende sea o no admitido en estas unidades distinguidas del Ejército. Las características de su misión, en caso de guerra, requieren hombres perfectamente adiestrados, capaces de resolver por sí mismos situaciones particularmente difíciles. Lógicamente, pues, el paracaidista debe poseer una completa preparación física y técnica, que abarca desde el perfecto lanzamiento desde el avión hasta la colocación de una carga de explosivos en un puente o la toma por sorpresa de cualquier instalación enemiga.

La instrucción tiene un principio elemental: saber llegar a tierra. Es necesario que el hombre tenga perfecto conocimiento de la postura exacta a adoptar al tomar contacto con el suelo. Un joven oficial me ha explicado cuál es la posición correcta en el momento del aterrizaje.



Ha de tener los pies juntos, con las plantas paralelas al suelo y ambas en un mismo plano; las piernas, iniciando una ligera flexión por la rodilla y con todos los músculos en tensión; el tronco, levemente inclinado hacia adelante; el cuello, en total flexión adelante, con la barbilla tocando el techo; los brazos, flexionados, con los codos hacia afuera y las manos cerradas a la altura de la cabeza, y separadas de la misma por unos quince centímetros. Esta es la postura de lanzamiento. Cuando llegue al suelo debe dar un fuerte tirón con ambos brazos hacia abajo, pegando los codos al cuerpo...

VOLTEO Y BALANCEO PARA APRENDER

Las primeras lecciones prácticas se realizan saltando desde un muro escalonado de cincuenta en cincuenta centímetros. Los alumnos se lanzan de frente, de costado y de espalda. Y esto, que aparentemente es fácil, requiere un hábito imprescindible para el futuro paracaidista.

Hay otro ejercicio inicial, no menos importante: «La lona». Sobre

una lona de tres metros de diámetro aproximadamente, el aspirante es volteado para que aprendan a caer de la forma adecuada. En este caso, los alumnos se arrojan desde una especie de trampolín, en el que hay un marco similar al de la puerta de salida de los «Junkers». Aquí se prueba también la decisión en el salto.

—¿Preparado?

—¡Listo!

—¡Salte!

Y el muchacho se tira en ese instante para caer en la lona que sujetan sus camaradas. Poco a poco se van rectificando posturas y las «tomas de contacto» son cada vez más suaves.

Sucesivamente se practican ejercicios de volteo y de balanceo, con objeto de acostumbrarse a posibles enredos en el cordaje del paracaídas, y al llegar a tierra, en cualquier posición. Hay un aparato que entre los futuros cazadores paracaidistas es conocido con el nombre de «horca». Se trata de una «T» metálica de unos ocho metros, de uno de cuyos brazos, y pasando por poleas, pende un cable de acero, uno de cuyos extremos termina en un cierre de bloqueo automático y el otro en un torno que está adosado al pie vertical. El alumno queda suspendido, sujeto a un movimiento de balanceo hasta que el instructor, en el momento menos pensado, acciona el mecanismo y cae violentamente al suelo. Estas caídas son —me han informado— las más similares a las que se producen al llegar a tierra en el salto real con paracaídas, y, por tanto, son relativamente peligrosas, debiendo tener mucho cuidado el ejecutante de mantener la debida postura para aguantar el fuerte impacto contra el suelo.

Por fin llega el gran día: el del primer salto «de verdad». No puede disimularse la emoción. El silencio suele ser la nota predominante en la unidad durante el día anterior. Se multiplican las confesiones, y por la mañana hay seriedad en los semblantes y cierto nervosismo, apenas perceptible, que se disimula a fuerza de sonrisas. Los muchachos suben con sus mandos en los aparatos que han de transportarlos y, llegado el gran momento, se tiran al espacio... y lanzan un suspiro de alivio al sentirse suavemente retenidos por el gran paracaídas de seda blanca. El resto del descenso es hasta bonito. Se experimentan sensaciones nuevas y es una maravilla contemplar la fila de compañeros que van cayendo a una velocidad de cinco metros por segundo, aproximadamente. El aterrizaje varía según se hayan tenido presentes las enseñanzas recibidas. Algunas veces se producen magulladuras o distensiones. Cosas de poca monta, por regla general.

PULVERIZARON EL CUARTEL GENERAL

Al reunirse los componentes de cada grupo hay alegría y satisfacción. Casi podría asegurarse que en ese instante todos estarían dispuestos a tirarse de nuevo una y cien veces. La novedad se da con voz recia. Estos chicos son ya casi paracaidistas. Seis saltos como el que acaban de realizar, y tendrán el título en el bolsillo.

Me interesó mucho la visita a la sala destinada al plegado y conservación de los paracaídas. De estos paquetes, cuya funda de lona verde-gris asoma ordenadamente en los estantes, depende la vida de quienes han de utilizarlos. El oficial encargado de la sección me ha dado una explicación muy completa, y así he podido enterarme de que el modelo en uso por los chicos de Alcalá de Henares es el de «Irving T6R», cuya superficie de seda pura es de 52 metros cuadrados; los cordones, también de seda, tienen 7,40 metros de longitud, y el

El Teniente Coronel Jefe de la Agrupación de Banderas Paracaidistas, don Ignacio Crespo —antiguo alcalde de un pueblo de nuestra provincia—, pasa revista, a las fuerzas de su mando a las que después vemos en diversas actividades de su diario entrenamiento en Alcalá de Henares, antes de partir para Sidi Ifni, donde en estos momentos se cubren de gloria.



paquete pesa 22 kgs. Este es el paracaídas normal, cuyo mecanismo de apertura está combinado por una cinta sujeta al avión. Hay otro, que se lleva sobre el pecho, de proporciones más reducidas, destinado a los casos de emergencia, cuando no se ha abierto el anterior. Este se abre a voluntad, mediante unas anillas fáciles de accionar.

—¿Suelen producirse fallos irreparables en los paracaídas? —pregunto.

—La proporción es insignificante. Mire usted, sobre veintidós mil veinticuatro saltos registrados, sólo falló uno...

La sala de paracaídas tiene una temperatura inalterable de 18 a 20°. En largas mesas se extiende la seda y se pliega con sumo cuidado. En una especie de urna iluminada interiormente se observan los paracaídas antes, para ver si tienen algún enganchón u otros defectos. El peligro fundamental consiste en que se hayan plegado sin estar completamente secos, y por eso se cuelgan previamente durante cierto tiempo en una torre. De noche, cuando la luna se cuelga por los tragaluces, el lugar da idea de una gran concentración de impresionantes fantasmas, que supongo habrán proporcionado algún que otro susto a sus vigilantes.

—¿Está permitido disparar sobre los paracaidistas?

—Según la Convención de Ginebra, no. Claro que entonces no existían estas fuerzas especiales. Los acuerdos internacionales de aquella época se refieren a los pilotos que tenían que abandonar su aparato. Ahora el paracaidista es un soldado más, que cumple su cometido de esta forma.

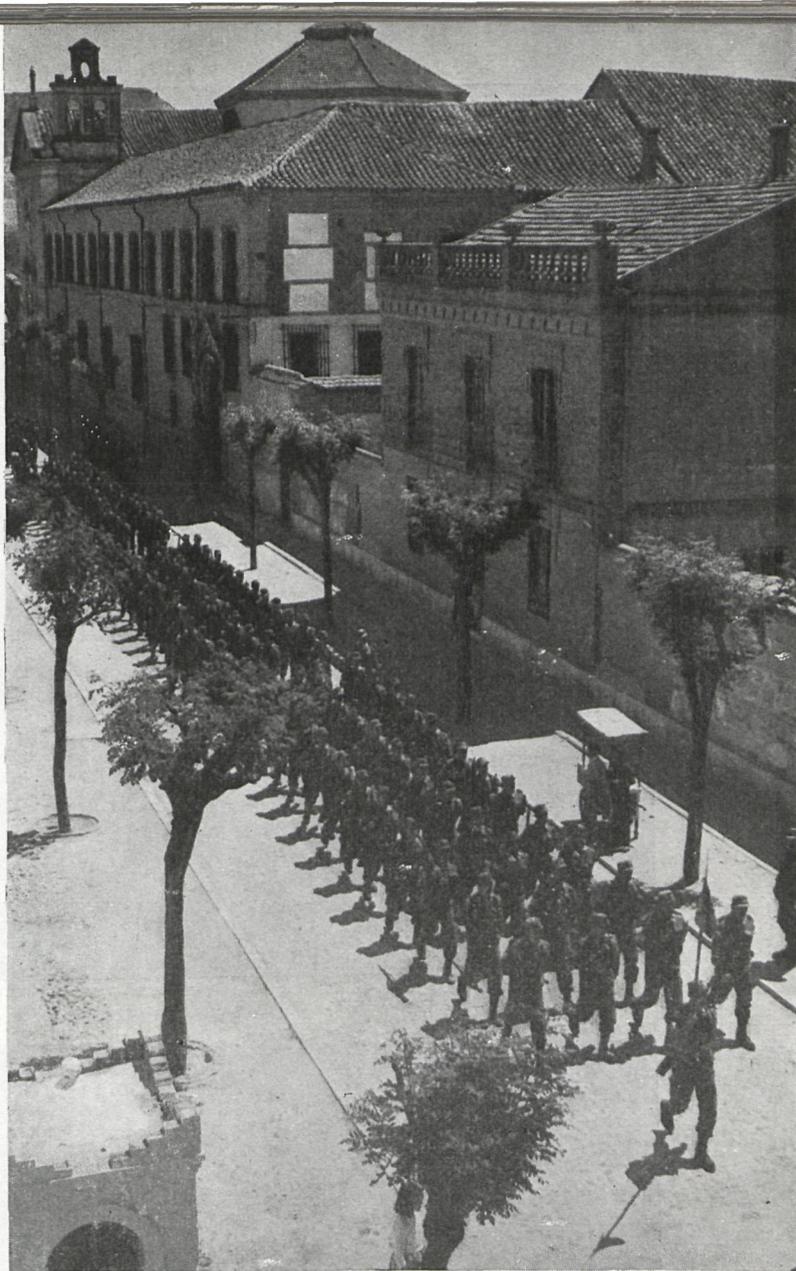
Me tranquilizó el saber que las posibilidades que ofrece de servir de blanco certero cada hombre que desciende, son escasas: se han realizado pruebas y el promedio es de sólo un disparo certero por cada doce mil.

Como antes señalaba, la preparación de los cazadores paracaidistas del Ejército de Tierra es completísima. Está en relación con las difíciles y peligrosas misiones que suelen realizar. Me contaron una anécdota graciosa.

Iban a celebrarse unas maniobras en que intervenían unidades de este tipo. Por amistosa indiscreción, algún jefe del bando «rojo» se enteró de la operación que iban a cubrir los paracaidistas del bando «azul» y preparó a sus hombres convenientemente para evitar la sorpresa. No contaba con que iba a saberse el «chivatazo»... Los paracaidistas azules fueron capturados todos. Bueno, todos menos tres, que vestidos de aldeanos camparon por sus respetos en el campo «rojo», poniendo grandes cruces de pintura sobre depósitos, puentes, instalaciones... y hasta en los mismos coches de los jefes del Estado Mayor. Cada cruz simbolizaba una voladura: los tres hombres habían pulverizado el cuartel general del enemigo. La feliz iniciativa del jefe paracaidista mereció la felicitación del Mando, y los coches de la Jefatura «vencida» llevaron algunas horas la pintura roja, endiabladamente difícil de borrar.

Para el caso probable de lucha personal, un profesor madrileño de judo —don Fernando Franco, «segundo Dan»— ejercita a oficiales, suboficiales y soldados, enseñándoles el arte de eliminar enemigos mediante llaves extrañamente eficaces.

Asiste a estas clases todo el personal de la Agrupación de Banderas de Paracaidistas, a excepción de un hombre de unos treinta y un años que, si salta como los buenos, ni lleva armas mortíferas, ni ha de colocar explosivos, ni siquiera ha de luchar. Es el Padre Cabrera, Capellán castrense, encargado de la salud moral de los legionarios



paracaidistas. El «Páter» es alegre y, según él mismo me ha confesado, siempre tuvo gran ilusión por esto de lanzarse al espacio colgado de la gran «seta» blanca.

NUESTROS ENVIADOS PARACAIDISTAS DE HONOR

«Mi primer salto fué el 30 de octubre del año pasado, después del curso normal de tres meses en Alcantarilla. Aquella mañana oficié la misa lo más devotamente que pude...» «¿Sintió usted miedo, Padre?» «Sí; un miedo espantoso.»

Se lanzó valientemente, después de bendecir a sus compañeros de vuelo, y llegó a tierra con toda felicidad. El Teniente Coronel Crespo, Jefe de la Unidad, le dió un abrazo. «Es usted un jabato, Páter». Y el Padre Cabrera respiró profundo y dió gracias a Dios. Desde entonces los saltos se han repetido sin novedad. Ahora se arroja al espacio llevando consigo todo lo necesario para la Santa Misa.

Los últimos minutos de la visita al cuartel de Alcalá de Henares transcurren en el despacho del Teniente Coronel Jefe. Charlamos ampliamente y, en nuestro honor, se descorchan unas botellas de «Fino Paracaidista», un amontillado de riquísimo olor... y sabor. Un Teniente, que sabe mucho del oficio, recuerda el «Baldaquino» de Leonardo de Vinci, el paracaídas de doce brazos de ancho por unas tantas de largo, que costó la vida a un admirador del maestro, que quiso demostrar su eficacia en Milán. Y habla del paracaídas de Leslie Irving, de apertura manual, que se probó con éxito el 28 de abril de 1919. Y de aquellos oficiales del Ejército que, hace ahora justamente veintidós años, se tiraron desde unos aparatos comerciales en el festival de la Aviación celebrado en Barajas en el año 35...

Al abandonar el destartado edificio, Leal y yo llevamos en la solapa sendas insignias de paracaidistas de honor. Aunque mi compañero parece estar poco dispuesto a convertirse en paracaidista de verdad. A no ser, naturalmente, que la profesión le obligue a ello. Entonces, como buen periodista, no lo dudará y dará el salto, procurando recordar lo que ha aprendido en esta interesante visita a la Agrupación de Banderas de Paracaidistas del Ejército de Tierra de Alcalá de Henares. Y tal vez llegue bien a tierra.

E. GONZALEZ NAVARRO

(Reportaje gráfico: Leal.)

